

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

Los VIREYES DE LA NUEVA ESPAÑA



MAUCCI HOS MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO
TERCERA SERIE.—DESPUÉS DE LA CONQUISTA

LOS VIRREYES DE
LA NUEVA ESPAÑA

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.



Los Virreyes de la Nueva España

¡Con qué pompa, con qué magnificencia se recibían en México hace unos cuatrocientos años á los virreyes que el Rey de España mandaba para que fuesen los representantes de la *Sacra Real Magestad* de los que regian en la capital de aquel imperio que había sido de Carlos Quinto!...

¡Oh! el grande y poderoso dominio de Felipe Segundo... vastísimas posesiones donde podía asegurarse que nunca, que jamás podría ocultarse el Sol!...

¡Así eran de inmensas y de portentosas las ricas pertenencias de los reyes de España!...

Ellos, los reyes españoles, tenían dominio en Francia, en los Países Bajos lo que ahora son Bélgica y Holanda, en Alemania, en Austria, en Hungría, en Italia y en las opulentas llanuras del Norte de Europa y también en los valles hermosísimos de la Turquía; además hay que agregar las infinitas islas del Mediterráneo, Sicilia y todas las esplendentes beldades del mar que parecían ser otorgadas por la Providencia á la Magestad del trono Español!

¡Y todavía tendremos que reunir á todo ese florón espléndido, á todas esas galas portentosas, las Américas... y entre todas la mejor, la más grande, la más preciada, codiciada, querida y ambicionada... la llamada Nueva España! ¡Nueva España!...

Los hombres que llegaban con alguna *encomienda* á México; los que tenían la fortuna de llegar con un empleo, podían ser ya felices!...

¡Todo para los españoles eran lluvias de ganancias y prodigalidades!

¡Los españoles venían á enriquecerse... ¡y se enriquecían!... ¡Solo el indio sufría!...

Apenas sus pocos defensores se oponían pero no lograban grandes victorias!...

Ya he referido á mis buenos lectorcitos los episodios curiosos en que se demostró para siempre la virtud y la nobleza del Virrey primero que llegó de España el célebre y bendecido D. Antonio de Mendoza, padre de los indios, y también se conserva eternamente la memoria del admirable, del venerando, del augusto y santo fray Bartolomé de las Casas!...

¡Qué época!... ¡Cuánto llanto, cuánta desolación, apenas aliviada por aquellos dos buenos seres que en medio de tantas infamias y explotaciones aliviada y consolada por el Virrey y por el buen defensor de las indias! (1).

(1) Recomendamos la lectura del episodio anterior.

...¡Con qué ansia fué recibido en México el segundo Virrey que se llamaba Don Luis de Velasco!...

¿Sería como el anterior que había disgustado á los ricos explotadores de pobres gentes, ó al contrario daría instrucción y poder para que la esclavitud de los indios prosiguiese... siguiendo ellos... los infelices indios vagando sin protección ni patria?...

¿Cuál sería la suerte futura de la Nueva España con el segundo Virrey?...

¡Y, como es iba refiriendo, amiguitos míos, los festejos y preparativos suntuosos para recibir dignamente al que entonces era denominado de *Su Esencia!* ¡S. E!—eran ostentosisimos!...

Por doquiera se engalanaron las calles, las plazas, los caminos y aun los mismos vericuetos de las montañas!

Y por todas partes, de los pequeños pueblos, de las aldeas y de las villas, hasta de las mismas haciendas y rancherías iban saliendo las muche-

dumbres del pueblo, organizadas por las autoridades, amontonando á lo lejos como ganados á los montones de infelices indios... y todo, todo **no** era sino para recibir al representante del Rey de España!

¡Como que de veras, amiguitos, parecía que llegaba el mismo Rey!...

¡Cuánto entusiasmo en la ciudad, cuánta algazara y constante estruendo de festejos reales, no parecía sino que ya había llegado la Suprema Hora!

Es mucho, muy curiosa la relación de la manera como en aquellas épocas, hace tres siglos y medio, se recibía á un enviado por la corte de España para que substituyera al antiguo...

Figuraos, mis buenos amigos lectores, que el gran personaje noble de los mejores y más respetables de España que el Rey nombraba desde hacía mucho tiempo, aconsejado por sus ministros, siendo aconsejados también por otros servidores y cortesanos que tenían el alma llena de odio y de

ambiciones... llegaba en su gran nao, con escolta de honor hasta tocar las puertas del Golfo...

De Campeche se adelantaban una barca ligera



conduciendo á un gallardo gentil hombre, que era siempre cortesano del nuevo Virrey que debía llegar á Veracruz para comunicar que Su Excelencia

había por fin tocado en tierras de la Nueva España!

Apenas se sabía en México la noticia del arribo del nuevo Virrey cuando de todas las torres de las iglesias partían continuos repiques; y en los balcones de las casas principales,—sobre todo las de los españoles—y las de las pocas familias que venían á ser descendientes de españoles y aztecas, se colgaban festones, cortinages y miles de flámulas y gallardetes, arrojándose en las noches millares de fuegos artificiales y pequeñas bombas que estallaban con gran algazara del pueblo que también gozaba porque creía que el nuevo amo que le enviaba el Rey de España sería tal vez mejor que el que acababa de irse!

En Veracruz le recibían con una infinidad de agasajos, festivales y danzas, cohetes y empavesamiento de la plaza, el Ayuntamiento que era muy rico y poderoso y que tenía el orgullo de ser la primera ciudad importante edificada y creada por Hernán Cortés...

El Gobernador de Veracruz le entregaba al en-

trante Virrey en una iujosa bandeja de plata incrustada de magnificencias de oro y piedras preciosas, las llaves de la ciudad... ¡y qué resplan-



deciente y magnífica era la comitiva que se dirigía al templo para entonar el *Te-Deum*!...

Una brillantísima escolta de caballería especial

compuesta de ginetes apuestos, de lujosas y resplandecientes corazas, iba de la capital á Veracruz para escoltar á Su Excelencia el nuevo Virrey...

...¡Con qué regocijo se aproximaba á *Tlaxcall* la solemne procesión que escoltaba al Virrey á caballo!... ¡Los indios que amaban con todo su corazón á los virreyes representantes de su soberano lanzaban gritos de alegría, exclamaciones de entusiasmo, bendiciones de paz y de amor, como cuando murió aquel inolvidable y primer gobernante de México; y como también fué su segundo virrey Don Luis de Velazco, cuyos nombres han sido ya tomados para siempre,—¡por todos los siglos y por todas partes!—por la Historia...

Y como no, ¿verdad?... si consolaron al indio, si en el desastre de la infortunada raza, fueron los mejores héroes!

Allá en Puebla, en Cholula, y en Huetpetzingo se esperaba al nuevo Virrey y á su comitiva, por otras numerosas comisiones que formaban todas unidas un inmenso y magestuosísimo cortejo, en

que resonaban las músicas de los mismos españoles que saludaban al Virrey... pero en el fondo ¡cuántas almas había que sollozaban de desesperación!



Entonces la ciudad de Otumba ostentaba en sus alrededores miles de bellezas, arboledas obscuras y misteriosos parajes... ¡era una región querida por los españoles porque allí después de la «Noche triste», pudieron los restos de un pobre ejército, volver á levantarse y á ser temible y victorioso!...

Pues bien, en aquella ciudad de Otumba esperaba el Virrey que salía al que entraba entregándole el mando en aquella hermosa bandeja de plata...

¡Y con qué solemnidad, con qué pompa retumbante y estentórea tronaban las orquestas y las músicas bajo la hermosa base del Cerro del «Tepeyac!» ¡Allí se presentaba el Arzobispo, pasando luego la grandiosa multitud de Prelados y magníficos señores, hasta el Parque de Chapultepec, donde se habían instalado á los más respetables cuerpos y cofradías, á los más dispuestos varones para luchar y levantar por guía la Fe, la Esperanza y la Caridad... ¡y además se presentaba el «Tribunal de la Inquisición»!...

En las cercanías de Chapultepec había corridas de toros... Los más audaces hombres desafiaban á las fieras que bufaban, produciendo ante el público inmenso un griterío formidable!

Entraba luego el Virrey por las calles de Santa Ana y de Santa Catalina, hasta que al llegar cerca de donde ahora se encuentra la plaza de la Audiencia—ó sea la reunión de magistrados que debían hacer justicia—le recibía.

Allá en la esquina que entonces debían formar las calles de Santo Domingo, bajo la bóveda espa-

ciosa, inmensa, se unía el Corregidor y el Ayuntamiento para saludar con toda pompa al Virrey nuevo llevando los alcaldes de la ciudad las bridas



de ricas sedas y brocado del corcel que montaba el escogido para el gobierno... ¡Así era siempre! Después de salir del templo el Virrey se dirigía

bajo palio azul de seda, bañado por la luz de las antorchas y bujías, que desaparecían por el resplandecimiento de tantas claridades .. después seguían las grandes magestades hacia el Palacio, á donde se le conducía el sillón con sus peligrosas armas reales bordadas!...

Entonces era cuando el nuevo Virrey, puesta la mano sobre los «Sagrados Evangelios» juraba el cumplimiento de sus deberes y de la Ley eterna, única, inmensa y bella de la Religión...

* * *

Apénas se sabía que las últimas frases se habían pronunciado, cuando todos los templos, todas las iglesias, conventos y campanarios rompieron en unos estruendosos repiques á vuelo!

¡Los cohetes surcaban el aire y de todas las partes oscuras de la ciudad esplendían luminarias y fogatas!...

¡Luz!... ¡Luz!...

Y al escuchar estos regocijos y ver tales algarazaras se estremecían los pobres indios, bendiciéndolo á su Señora de Guadalupe... esperándolo todo de su Misericordia!

¡Y bendecían entonces, también el nombre del nuevo Virrey!...

FIN.